

TAS RESC
N POETAS
DETAS RES
RESCATA
OETAS RE
POETAS R
RESCATAN
ATAN PO

Fernando Pessoa
Las aristas de la lucidez

por
Paula Nogales

Fernando Pessoa
Las aristas de la lucidez

Paula Nogales Romero

Edita

**Cabildo Insular de Gran Canaria
Servicio de Cultura**

Sociedad Democracia-Arrecife

Biblioteca Municipal de Arucas

Concejalía de Cultura de San Bartolomé de Tirajana

Biblioteca Municipal de Santa Lucía

Islas Canarias, Octubre 1996.

Director de la colección: Tony R. Murphy

Las aristas de la lucidez

Paula Nogales Romero nació en Las Palmas de Gran Canaria en diciembre de 1966. Es licenciada en Filología Hispánica y profesora de Lengua y Literatura de Enseñanza Secundaria. Ha leído comunicaciones sobre lengua española en varios congresos nacionales e internacionales, entre ellas «El problema de las reflexas transitivas oblicuas», publicada en *Actas del Congreso de la Sociedad Española de Lingüistas. XX Aniversario*, Gredos, Madrid, 1990. Tiene publicados poemas, cuentos y reseñas en revistas literarias de las islas.

Ha participado en presentaciones de libros de autores canarios y en diversos recitales poéticos, entre ellos el I Encuentro de Poetas en el Huerto de las Flores (Agaete, 1994). Fue finalista del Premio Montblanc a la Cultura 1993.

En poesía ha obtenido los siguientes premios: primer premio del certamen regional Juventud y Cultura 1991, convocado por el Gobierno de Canarias, con su obra *Contra reloj*. Finalista del I Premio de Poesía Ciudad de Las Palmas de Gran Canaria con el poemario *Recintos* (publicado en 1994 por el Excmo. Ayuntamiento de Las Palmas de G.C.). Accésit del Premio de Poesía Tomás Morales 1994 por su libro *Saludos de Alicia* (Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, 1996).

En cuanto a su actividad como narradora, ha sido galardonada con el accésit del IX Concurso de Cuentos Ciudad de Santa Cruz de Tenerife por su libro *Zapping. Cuentos* (publicado en Santa Cruz de Tenerife, 1993). Fue la ganadora de la primera edición del Premio de Cuentos Ateneo de La Laguna (patrocinado por Cajacanarias) con *Sociedad anónima (relatos)* (Cajacanarias Publicaciones, Santa Cruz de Tenerife, 1996).

Las aristas de la lucidez

Al oyente quizá le parezca extraño que para finalizar este ciclo llamado «Poetas rescatan poetas» haya elegido a un autor tan poco necesitado, en principio, de ninguna bienintencionada labor de salvamento, cual es Fernando Pessoa, máxima figura de las letras portuguesas de todos los tiempos -como es y como pretendió ser, cumpliendo fielmente su proyecto/profecia del «supra-Camoens». Pero quizá sea justicia de la que llaman poética el que un ciclo de conferencias que se inauguraba con César Vallejo se clausure con Pessoa, poetas ambos estrictamente contemporáneos e hitos indiscutibles en sus respectivas lenguas, con todo el abismo de diferencias que los separan pero un solidísimo vínculo común: su calidad insuperable, su profunda huella.

Otros argumentos podrían ayudar a justificar la elección del poeta portugués: como decir que cada vez que leemos a un poeta lo rescatamos del silencio, actualizamos su voz dormida en los libros que reposan en la penumbra de las estanterías -así sean libros publicados hace docientos años o ayer, por no hablar de los que nunca vieron la luz. O decir que a Pessoa se le está rescatando todavía, en minuciosa labor de críticos textuales y exégetas: rescatando literalmente de su mítico baúl la infinidad de manuscritos que dejó pergeñados, sorprendido por una muerte temprana. Pero la explicación de por qué el nombre de Pessoa acudió a mi mente en cuanto me solicitaron que participara en este ciclo es mucho más sencilla que todo eso, más visceral, si se quiere más pueril: es la historia de una fascinación que no cesa.

Como en toda fascinación, hay un componente misterioso -que, curiosamente, no es ajeno ni mucho menos a la personalidad de nues-

tro autor-, esto es: un lado oscuro y desconocido, de permanente «iniciación», que no quisiéramos del todo desvelar, porque en ese misterio irreductible reside la «química» poética. Como en toda fascinación, también, hay un componente maldito, un sí es no es de rechazo, una cierta refinada perversión que como a pajarillos nos obliga a mirar ávidamente aquello que en principio podría ocasionar nuestro mal. Como en toda fascinación, en fin, hay un lazo íntimo y cordial que se anuda fuertemente por encima de las diferencias, por encima de lo discutible, de las «boutades», de los desplantes y de lo anacrónico: es la fascinación -y perdón por el símil tan manido- de Narciso descubriéndose y reconociéndose, abismándose en su laberinto interior, en *nuestro* propio laberinto.

Al igual que ante todo gran autor consagrado, hay dos formas de acercarse a Pessoa, pero quizá en el caso de este poeta sea determinante, fatal, el modo de aproximarse a su obra. Una forma es tropezar, con una mirada virgen, como al azar, con cualquiera de sus poemas, y recibir, desprevenidos, la impronta de éste en nuestro espíritu. La otra manera pasa por la lectura religiosa de prólogos eruditos, de notas a pie de página, de compendios de estudios que a su vez remiten a otros estudios sobre vida y obra pessoanas, y luego, bien pertrechados de datos, referencias y prejuicios, abordar la lectura de sus poemas, a ser posible en orden cronológico. Yo tuve la suerte de llegar a Pessoa por la primera vía -diríase «unitiva», y que me perdone el poeta, tan reacio al misticismo- en una muy temprana edad, hojeando al azar una antología escolar -¡benditas antologías!- que recogía su «Autopsicografía», un par de poemas de *El guardador de rebaños*, un fragmento de la «Oda triunfal» de Campos y el poema del mismo heterónimo «Todas las cartas de amor son ridículas» (ni que decir tiene que por entonces yo no sabía lo que era un heterónimo ni cosa que se le pareciera)¹. Si bien el propio Pessoa dejó escrito: «Organise your life like a literary work, putting as much unity into it as possible»² («Organiza tu vida como una obra literaria, poniendo tanta unidad en ella como sea posible»), y edificó, dosificó y elaboró su vida desde la aparente oscuridad, con mimo exquisito, sacrificando comodidades materiales y hasta afectos en aras del advenimiento de una luminosidad total, de un «Quinto Imperio» mesiánico y revolucionario en el mundo de la cultura¹, también es el mismo, aunque ptoceico, Pessoa quien por boca de Caeiro

nos advierte: «Si después de mi muerte quieren escribir mi biografía, / no hay nada más sencillo. / Tengo sólo dos fechas: la de mi nacimiento y la de mi muerte. / Entre una y otra todos los días son míos». Respetando esta última voluntad del maestro inventado por el propio Pessoa, desde aquí quisiera abogar por la lectura espontánea de los poemas de Pessoa, de Alberto Caeiro, de Alvaro de Campos, de Ricardo Reis, de la prosa de Bernardo Soares y los textos todos de algún que otro heterónimo que se me queda en el tintero; abogo enervada por la comunicación directa con sus voces, con su obra polifónica, bien con su elegancia insuperable, bien con su difícil sencillez, sus cadencias, su prosaísmo, sus contradicciones, y hasta abogo por el rechazo, prevención o disgusto que nos pueda ocasionar cada una de las facetas de este poliedro único que comparten, todas ellas, en su diversidad, el principio insobornable de la auténtica poesía: la sinceridad más radical, la fidelidad sin cortapisas a uno(s) mismo(s).

Insisto en esta idea que me parece fundamental: la sinceridad de Pessoa, del mismo Pessoa que, firmando con su ortónimo -un heterónimo más, para el estudioso y poeta Angel Crespo-, afirma: «El poeta es un fingidor. / Finge tan completamente / que hasta finge que es dolor / aquel que de veras siente.» («Autopsicografía»). No es la única paradoja que encontraremos en la obra -y en la vida- de Pessoa. La paradoja, de siempre, ha marcado la obra de los espíritus inteligentes, tremendamente lúcidos -piénsese en Quevedo, en Unamuno, en Borges, por poner ejemplos de habla hispana-, y el exceso de lucidez es un estigma irrevocable, profundamente humano, que bascula entre la soberbia grandiosa de un ángel caído y una humildad aplastante, sin concesiones: el exceso de lucidez es el pecado original, es el sabor del fruto prohibido del árbol de la ciencia; llega a ser una carga insostenible.

Hablamos de sinceridad entre tanto heterónimo, en medio de ese «drama em gentes», como define el escritor su obra y hasta su proyecto vital: sinceridad *versus* fingimiento. Hablamos de fidelidad a sus propios designios. Pessoa («persona» en portugués) es muchos porque la vida es insuficiente. Toda su vida se atornilla en torno a dos pivotes: la clarividencia y la autenticidad, ambas igualmente sangrantes, lo que lo lleva a huir de estereotipos de cualquier clase, incluidos los «delirios metafísicos» al modo simbolista de los que se burla su alter-ego y maestro, Alberto Caeiro, en una búsqueda quintaesenciada

(no tan incontaminada, como a él le gustaría, de símbolos) de lo simple y genuino.

Su supuesto cerebralismo -Pessoa tenía una mente privilegiada para la lógica y la argumentación; así lo demuestran artículos suyos como «El prejuicio del orden»-, el «sentir con la imaginación» antes que con el corazón, como él mismo declara, no están reñidos en absoluto con la hondísima humanidad de Pessoa. Remito a los escépticos - en el fondo ingenuos, pues creen a pies juntillas la cacareada «frialidad» anticonfesionalista del poeta, y esta es otra de sus paradojas- a la lectura del poema «Tabaquería», del heterónimo Alvaro de Campos, el más epatante, el más soberbio, el más autocrítico, el más fieramente humano. Que asistan impávidos, si pueden, a esa lucidez candente, a esa pasión congelada, a la desesperada, por imposible, negación de la metafísica. Y si aún salen idemnes de la prueba, lean a continuación el poema titulado «Al volante del Chevrolet por la carretera de Sintra», o «Tránsito de las horas», o «En la casa de enfrente de mí y de mis sueños», o... Comprueben por sí mismos que incluso en su soberbia más encumbrada o llamativa no encontraremos hombre más humilde, porque el rasero implacable que parece aplicar a sus congéneres lo sufre él en primer lugar en sus propias carnes y de forma total, sin paliativos.

La razón engendra monstruos, la clarividencia o lucidez engendra paradojas; el hombre es racional y es animal, es cerebro y es sensaciones (recuérdense los poemas sensistas o sensacionistas de nuestro autor, o la negación de Caeiro de la metafísica de la naturaleza, o el neopaganismo que estiliza posteriormente otro heterónimo de Pessoa y discípulo de Caeiro, el elegante, estoico y epicúreo a un tiempo, Ricardo Reis). Cómo no chocar al lector desprevenido esta sarta de contradicciones que configuran en perfecto ensamblaje uno de los universos poéticos más ricos de la literatura universal. Si de Quevedo dijo Borges que equivalía a toda una literatura, ¿qué se podría decir de Fernando Pessoa, que él solo forjó la obra literaria que había de inaugurar lo que él llamaba, haciendo suyo el mito mesiánico del sebastianismo, el Quinto Imperio?

Repasemos algunas de estas paradojas. Por un lado tenemos una actitud de anticonfesionalismo feroz («Confiesa, sí, pero confiesa lo que no sientes. Miéntete a ti mismo antes de decir esa verdad», leemos

en el *Libro del desasosiego*), y, contraponiéndose a esto, la expresión de la más delicada sensibilidad, o el desgarramiento del corazón al desnudo:

He visto todas las cosas, y me he maravillado de todo.

Pero todo me ha sobrado o ha sido poco -no lo sé- y he sufrido.

He vivido todas las emociones, todos los pensamientos, todos

[los gestos,

y me he puesto tan triste como si hubiese querido vivirlos

[y no lo hubiese conseguido.

(de «Tránsito de las horas»)

Encontramos asimismo un desplante vanguardista e iconoclasta hacia lo caduco (véase, por ejemplo, el «Ultimátum» de A. de Campos ya citado), incluyendo en la nómina de lo finiquitado el judeocristianismo, y, sin embargo, no reniega Pessoa de su vasta formación clásica y anglosajona (ahí están sus bellísimos *Epitafios* en inglés). Item más: el neopaganismo, incipiente en Caeiro, cristalizado en Reis, que contrapone a la falsedad de los «poetas místicos» (nótese el repudio a lo «falsificado» de este fingidor), nos trae a la memoria inevitablemente lecturas de poetas románticos (¡nada menos que románticos!) ingleses que poblaron su primera juventud; compárese el siguiente soneto de Wordsworth con las odas de *su* Ricardo Reis:

El mundo es demasiado para nosotros: siempre
recibiendo y gastando, disipamos las fuerzas;
en la naturaleza vemos muy poco que sea nuestro,
y hemos cedido nuestros míseros corazones.

Esta mar que desnuda su seno hacia la luna,
estos vientos que aullando pasan a todas horas
y ahora se amontonan como flores dormidas:
para eso, y para todo, no estamos entonados,

no nos mueve. ¡Gran Dios!, preferiría ser
un pagano crecido en una fe gastada,
para poder, erguido en estos prados suaves,

ver algo que me hiciera menos desamparado:
observar a Proteo saliendo de los mares,
oír su enguimaldado cuerno al viejo Tritón.

(Wordsworth)

También en el poema «Demogorgon», de Alvaro de Campos, encontramos ecos de Shelley.

No nos detendremos ahora en la aparente contradicción entre el «cerebralismo» de nuestro poeta y sus creencias(?) esotéricas (debate inmerso, por otra parte, en la crisis general del racionalismo de comienzos del XX).

Otra de las más fecundas, e hirientes, paradojas de la obra pessoana es la que establece la antinomia de la exacerbada autoconciencia y la otredad. Prisionero de su propia conciencia, Pessoa desearía no ya ser «árbol o piedra», parafraseando a Darío, sino que exclama: «¡Qué gran felicidad no ser yo!»⁴, expresando su envidia por todo aquel que no es Pessoa, que no es él mismo. Ese «no querer ser él mismo» podría justificar de forma excesivamente fácil la creación de los heterónimos, cuestión espinosa que prefiero obviar. Lo que sí queda patente es el terrible cansancio de sí mismo, que le lleva a declarar:

El mundo es de quien nace para conquistarlo
y no del que sueña que puede conquistarlo, aunque tenga razón.
He soñado más que cuanto Napoleón hizo,
he estrechado contra el pecho hipotético más humanidades
[que Cristo,
he pensado en secreto filosofías que ningún Kant ha escrito.
Pero soy, y quizá lo sea siempre, el de la buhardilla,
aunque no viva en ella;
seré siempre *el que no nació para eso*;
seré siempre sólo *el que tenía cualidades*;
seré siempre el que esperó que le abriesen la puerta al pie
[de una pared sin puerta
y cantó la canción del Infinito en un gallinero,
y oyó la voz de Dios en un pozo cegado.
¿Crecer en mí? No, ni en hada (...)

(de «Tabaquería», de A. de Campos)

Pero, a pesar de esta implacable denuncia de su inanidad, nadir de anteriores soberbias, a pesar de la declaración de sana envidia del otro, versos como «¡El horror metafísico del Otro!», o «Soy la conciencia que odia lo inconsciente» (de *Primer Fausto*), ponen de manifiesto un grado tal de ensimismamiento que impide de antemano esa fusión con lo otro que proclama el maestro Caeiro en su visión panteísta, y propicia además que el tú poético-amoroso sea antes una ficción, o abstracción, que una realidad concreta (y aquí no podemos dejar de recordar a otro gran «ensimismado», a otro gran «poeta por antonomasia», de vida oscura y obra luminosa: Juan Ramón Jiménez):

Tu carne tranquila,
presente, no tiene ser,
mis descos son cansancios.
A quien quiero tener en los brazos
es a la idea de tenerte.

(Fernando Pessoa, heterónimo)

Pessoa, único y vario: no pequemos con él de prepotencia como sanagustines escépticos. Pessoa, ardiente, nunca fría, conciencia que no reniega de lo humano, lastrado con las pesadas alas del albatros baudeleriano: «No sé sentir, no sé ser humano, convivir / desde dentro del alma triste con los hombres mis hermanos, en la tierra. / No sé ser útil ni siquiera sintiendo, ser práctico, ser cotidiano, nitido, / tener un sitio en la vida, tener un destino entre los hombres, / tener una obra, una fuerza, una voluntad, una huerta, / una razón de descansar, una necesidad de distraerme, / algo venido directamente de la naturaleza a mí.» (de «Tránsito de las horas»).

Pessoa es lo moderno y va más allá. Imbuido de forma prodigiosa por toda la cultura -la de su tiempo y la anterior- anticipa la crisis de una modernidad recién estrenada. Al mito dantesco primero y luego petrarquista, cristiano en suma, de la personalidad individual, que inaugura la edad moderna, contrapone de forma única su

propio mito panteísta y neopagano, disgregador y totalizador a la vez. Una conciencia múltiple, un ojo que nunca se cierra; es un argos de sí mismo que pitagóricamente lleva en sí la esencia dispersa del universo.

Paula Nogales Romero

Las Palmas de Gran Canaria, mayo de 1996

Notas

1. Consultando para estas notas mi vieja antología escolar -mi libro de lecturas de 8º de E.G.B.-, me estremezco al ver cómo califican, y clasifican, a Fernando Pessoa de poeta «simbolista e intimista». Qué diría el lisboeta...

2. «Rule of life», en *Cadernos de Literatura*, núm. 4, Coimbra, diciembre 1979, pág. 50, citado por José Luis García Martín, *Fernando Pessoa*, Lps Poetas, ed. Júcar, Barcelona, 1983.

3. Con respecto a la biografía *voluntariamente* anodina del poeta, es interesante reseñar el siguiente fragmento: en el «Ultimátum» de Alvaro Campos -respuesta tardía al abusivo ultimátum de Inglaterra a Portugal, que marcó el declive del colonialismo económico luso-, tras abominar arrogantemente de toda la cultura, historia, política, religión, etc. europeas, (con actitud muy próxima a las ideas nietzscheanas y en perfecta consonancia con el espíritu de las vanguardias), en un apartado significativamente titulado «¡MIERDA!» leemos: «[Europa] ¡Quiere el Poeta que busque ardientemente la Inmortalidad sin importarle la fama, que es cosa para actrices y productos farmacéuticos!»

Antología mínima

Notas para el lector de esta antología mínima

Fernando Pessoa (1888-1935) concibió y desarrolló una obra polifónica o «drama en gentes» a lo largo de su vida (la inmensa mayoría de sus poemas y prosas ha sido publicada, «rescatada», tras su muerte), para lo que engendró una serie de heterónimos (que no seudónimos) con nombre, personalidad y hasta biografía propios que se relacionaban e interactuaban entre sí, conformando de este modo una auténtica «generación» literaria que había de revolucionar el mundo de las letras, en lo que el lisboeta llamaba «la llegada del Quinto Imperio».

De estos heterónimos, los más importantes son los siguientes: Alberto Caeiro, «maestro» de los restantes y del propio Pessoa (Angel Crespo considera los poemas firmados por Pessoa tras la invención de Caeiro como obra de un heterónimo más). Caeiro es el poeta de la Naturaleza, de lo visible, en contra de un simbolismo trasnochado y enfermizo. Le siguen sus discípulos Alvaro de Campos y Ricardo Reis. Campos es ingeniero, viajero, iconoclasta, burgués-antiburgués, homosexual, impulsivo, angustiado, neurótico y provocador (como lo define Tabucchi). Es el lado oscuro e hirientemente humano de la poesía pessoana. (Por motivos de espacio no podemos reproducir sus impresionantes, apasionadas y contradictorias *Oda triunfal* y *Oda marítima*). Reis es clasicista, hedonista, estoico y epicúreo, neopagano, elegante e idealista, estéticamente monárquico. De Bernardo Soares, «autor» del *Libro del desasosiego*, apenas conocemos datos, si no es su agudo lirismo clarividente, que es, en definitiva, el de Pessoa.

Antología mínima

Poemas de Fernando Pessoa

Autopsicografía

El poeta es un fingidor.
Finge tan completamente
que hasta finge que es dolor
el dolor que en verdad siente.

Y, en el dolor que han leído,
a leer sus lectores vienen,
no los dos que él ha tenido,
sino sólo el que no tienen.

Y así en la vía se mete,
distrayendo a la razón,
y gira, el tren de juguete
que se llama el corazón.

Mis días pasan y mi fe también...

Mis días pasan y mi fe también.
Ya tuve cielos y estrellas en mi manto.
Las grandes horas, quien las vivió sabe
que sólo por vivirlas perdieron el encanto.

No; no digas nada...

No; no digas nada.
Suponer lo que dirá
tu boca silenciosa
es oírlo ya.

Es oírlo mejor
de como lo dirías.
Lo que es no transparece
en las frases y los días.

Eres mejor de lo que eres.
No digas nada: sé.
Gracia del cuerpo desnudo
que invisible se ve.

Tu carne tranquila...

Tu carne tranquila,
presente, no tiene ser,
mis deseos son cansancios.
A quien quiero tener en los brazos
es a la idea de tenerte.

Tu cuerpo real que duerme...

Tu cuerpo real que duerme
es un frío en mi ser.

Quiero ser libre, insincero...

Quiero ser libre, insincero,
sin creencia, deber o puesto.
Prisiones, ni de amor las quiero.
No me amen, que no me gusta.

Cuando canto lo que no miento
y lloro lo que sucedió,
es que olvidé lo que siento
y creo que no soy yo.

De mí mismo caminante,
miro música en el aire,
y mi propia alma errante
es una canción de viaje.

Cansa ser, sentir duele, pensar destruye...

Cansa ser, sentir duele, pensar destruye.
Ajena a nosotros, dentro y fuera,
se desmorona la hora y todo con ella.
Inútilmente el alma llora,

¿De qué sirve? ¿Y por qué tiene que servir?
Pálido esbozo leve
del sol de invierno sonriendo en mi lecho...
Vago susurro breve

de las pequeñas voces con que la mañana despierta,
de la inútil promesa del día,
muerta al nacer, en la esperanza lejana y absurda
en que el alma confía.

No combatí; nadie lo mereció...

No combatí; nadie lo mereció.
A la naturaleza y, luego, al arte amé.
Las manos a la llama que la vida me dio
calenté. Cesa ahora. Cesaré.

El niño que ríe en la calle...

El niño que ríe en la calle,
la música que el azar nos trae,
el cuadro absurdo, la estatua desnuda,
la bondad que no tiene plazo -

todo eso excede este rigor
que la razón otorga a todo,
y tiene algo de amor,
aunque el amor sea mudo.

Poemas de Alberto Caeiro

Soy un guardador de rebaños...

Soy un guardador de rebaños.
El rebaño es mis pensamientos
y todos mis pensamientos son sensaciones.
Pienso con los ojos y con los oídos
y con las manos y los pies
y con la nariz y la boca.
Pensar una flor es verla y olerla
y comerse una fruta es conocer su sentido.

Por eso cuando, en un día de calor,
me siento triste de disfrutarlo tanto,
y me acuesto estirado en la hierba,
y cierro los ojos calientes,
siento a todo mi cuerpo acostado en la realidad,
sé la verdad y soy feliz.

A veces, en días de luz perfecta y exacta...

A veces, en días de luz perfecta y exacta,
en que las cosas tienen toda la realidad que pueden tener,
me pregunto a mí mismo lentamente
por qué siquiera atribuyo
belleza a las cosas.

¿Tiene belleza acaso una flor?

¿La tiene por casualidad un fruto?

No: tienen color y forma
y existencia sólo.

La belleza es el nombre de alguna cosa que no existe
y que yo doy a las cosas a cambio del agrado que ellas me dan.
No significa nada.

Entonces, ¿por qué digo que las cosas son bellas?

Si, incluso a mí, que vivo sólo de vivir,
invisibles me llevan las mentiras de los hombres
ante las cosas,
ante las cosas que simplemente existen.

¡Qué difícil ser uno mismo y no ver sino lo visible!

Esta mañana lei casi dos páginas...

Esta mañana lei casi dos páginas
del libro de un poeta místico
y me reí como quien ha llorado mucho.

Los poetas místicos son filósofos enfermos,
y los filósofos hombres locos.

Porque los poetas místicos dicen que las flores sienten
y dicen que las piedras tienen alma
y éxtasis los ríos a la luz de la luna.

Pero las flores, si sintiesen, no eran flores,
eran personas;
y, si tuviesen alma, las piedras no eran piedras,
eran seres vivientes;
y, si tuviesen éxtasis a la luz de la luna, los ríos no eran ríos,
eran hombres enfermos.

Hay que no saber lo que son flores, piedras, ríos,
para hablar de los sentimientos de las flores,
[las piedras y los ríos.
Hablar del alma de las piedras, de las flores, los ríos,
es hablar de uno mismo y de sus falsos pensamientos.
Gracias a Dios, las piedras no son más que piedras,
y los ríos, ríos,
las flores, sólo flores.

Yo por mi parte escribo la prosa de mis versos
y me quedo tan ancho,
porque sé que comprendo por fuera a la Naturaleza;
y no la comprendo por dentro
porque la Naturaleza no tiene dentro;
si lo tuviera, no sería la Naturaleza.

Ojalá fuese el polvo del camino...

Ojalá fuese el polvo del camino
y los pies de los pobres me pisaran...
Ojalá fuese los ríos que corren
y hubiese lavanderas a mi orilla...

Ojalá fuese los chopos de la margen del río
y tuviera sólo el ciclo por cima y el agua por debajo...

Ojalá fuese el burro del molinero
y él me pegase y me quisiera...

Mejor eso que ser el que va por la vida
mirando para atrás y sintiendo dolor...

Si quieren que yo tenga un misticismo,
está bien, lo tengo...

Si quieren que yo tenga un misticismo, está bien, lo tengo.
Soy místico, mas sólo con el cuerpo.
Mi alma es pura y no piensa.

Mi misticismo es no querer saber.
Es vivir y no pensarlo.

No sé lo que es la naturaleza: la canto.
Vivo en lo alto de un otero
en una casa enjalbegada y solitaria,
y ésta es mi definición.

El Tajo es más bello que el río
que corre por mi aldea...

El Tajo es más bello que el río que corre por mi aldea,
pero el Tajo no es más bello que el río que corre por mi aldea
porque el Tajo no es el río que corre por mi aldea.

El Tajo tiene grandes navíos
y todavía navega en él,
para quienes en todo ven lo que ya no existe,
la memoria de las naos.

El Tajo baja de España
y el Tajo entra en el mar en Portugal.
Todo el mundo lo sabe.
Pero pocos sabes cuál es el río de mi aldea
y para dónde va
y de qué sitio viene.
Y por eso, porque pertenece a menos gente,
es más libre y mayor el río de mi aldea.

Por el Tajo se va al Mundo.
Más allá del Tajo está América
y la fortuna de quienes la encuentran.
Nadie ha pensado nunca en lo que hay más allá
del río de mi aldea.

El río de mi aldea no hace pensar en nada.
Quien se encuentra a su lado, sólo a su lado está.

Si, después de que yo muera,
quieren escribir mi biografía...

Si, después de que yo muera, quieren escribir mi biografía
no hay nada más sencillo.

Tengo sólo dos fechas -la de mi nacimiento y la de mi muerte.
Entre una y otra todos los días son míos.

Soy fácil de definir.

Vi como un loco.

Amé las cosas sin ningún sentimentalismo.

Nunca tuve un deseo que no pudiese realizar,

[porque nunca cegué.

Incluso oír nunca fue para mí sino un acompañamiento de ver.

Comprendí que las cosas son reales y todas diferentes

[unas de otras;

comprendi esto con los ojos, nunca con el pensamiento.

Comprenderlo con el pensamiento sería encontrarlas

[todas iguales.

Un día me entró el sueño como a cualquier niño.

Cerré los ojos y dormí.

Aparte de eso, fui el único poeta de la Naturaleza.

Odas de Ricardo Reis

Ven a sentarte conmigo, Lidia,
a la orilla del río...

Ven a sentarte conmigo, Lidia, a la orilla del río.
Con sosiego miremos su curso y aprendamos
que la vida pasa, y no estamos cogidos de la mano.
(Enlacemos las manos.)

Pensemos después, niños adultos, que la vida
para y no se queda, nada deja y nunca regresa,
va hacia un mar muy lejano, hacia el pic del Hado,
más lejos que los dioses.

Desenlacemos las manos, que no vale la pena cansarnos.
Ya gocemos, ya no gocemos, pasamos como el río.
Más vale que sepamos pasar silenciosamente
y sin grandes desasosiegos.

Sin amores, ni odios, ni pasiones que levanten la voz,
ni envidias que hagan a los ojos moverse demasiado,
ni cuidados, porque si los tuviese el río también correría,
y siempre acabaría en el mar.

Amémonos tranquilamente, pensando que podríamos,
si quisiésemos, cambiar besos y abrazos y caricias,
aunque más vale estar sentados el uno junto al otro
oyendo correr el río y viéndolo.

Cojamos flores, cógelas tú y déjalas
en tu regazo, y que su perfume suavice el momento -
este momento en que sosegadamente no creemos en nada,
paganos inocentes de la decadencia.

Por lo menos, si yo fuera sombra antes, te acordarás de mí
sin que mi recuerdo te quemé o te hiera o te mueva,
porque nunca enlazamos las manos, ni nos besamos,
ni fuimos más que niños.

Y si antes que yo llevases el óbolo al barquero sombrío,
nada habré de sufrir cuando de ti me acuerde,
a mi memoria has de ser suave recordándote así -a la orilla del río,
pagana triste y con flores en el regazo.

Prefiero rosas, amor mío, a la Patria...

Prefiero rosas, amor mío, a la Patria,
y antes magnolias amo
que la gloria y la virtud.

Siempre que la vida no me canse, dejo
que la vida por mí pase
mientras yo quede igual.

¿Qué importa a aquél al que ya nada importa
que uno pierda y otro gane,
si la aurora despunta siempre,

si cada año con la Primavera
las hojas aparecen
y con el Otoño caen?

Y el resto, las otras cosas que los humanos
añaden a la vida,
¿en qué acrecientan mi alma?

En nada, salvo el deseo de indiferencia
y la confianza indolente
en la hora fugitiva.

No para mí sino para ti tejo estas guirnaldas...

No para mí sino para ti tejo estas guirnaldas
que de yedra y rosas en la frente pongo.
Para mí, teje las tuyas
que las mías yo no veo.

Uno para el otro, muchacho, realicemos
la belleza estéril pero suficiente
de agradar uno al otro
con el placer dado a los ojos.

El resto es el Hado que nos va midiendo,
con el golpear de la sangre en nuestras frentes,
la vida, hasta que llegue
la hora del barquero.

No sólo quien nos odia o nos envidia...

No sólo quien nos odia o nos envidia
nos limita y oprime; quien nos ama
no menos nos limita.

Que los dioses me concedan que, libre
de afectos, tenga la fría libertad
de las cumbres desnudas.

Quien quiere poco, tiene todo; quien nada quiere
es libre; quien no tiene, y no desea,
hombre, es igual a los dioses.

No sé si es amor que tienes, o amor que finges...

No sé si es amor que tienes, o amor que finges,
lo que me das. Me lo das. Eso me basta.
Ya que no por edad,
sea joven por error.

Poco nos dan los dioses, y ese poco es falso.
Mas si lo dan, aunque falso, el don
es verdadero. Acepto,
cierro los ojos: es suficiente.
¿Qué más quiero?

Para ser grande, sé entero: nada...

Para ser grande, se entero: nada
tuyo exageres o excluyas.
Sé todo en cada cosa. Pon cuanto eres
en lo mínimo que hagas.
Así en cada lago la luna toda
brilla, porque alta vive.

Unos, con los ojos puestos en el pasado...

Unos, con los ojos puestos en el pasado,
ven lo que no ven; otros, fijos
los mismos ojos en el futuro, ven
lo que no puede verse.

¿A qué buscar tan lejos lo que está cerca,
nuestra seguridad? Este es el día,
esta es la hora, este el momento, esto
es lo que somos, y no hay más.

Perenne fluye la inacabable hora
que nos proclama nulos. En el mismo trago
en que vivimos moriremos. Coge
el día, otra cosa no eres.

Viven en nosotros innumerables...

Viven en nosotros innumerables;
si pienso o siento, ignoro
quién es el que piensa o siente.
Soy solamente el lugar
donde se siente o piensa.

Tengo más almas que una.
Hay más yos que yo mismo.
Existo sin embargo
indiferente a todos.
Los hago callar: yo hablo.

Los impulsos cruzados
de lo que siento o no,
disputan en quien soy.
Los ignoro. Nada dictan
a quien me sé: yo escribo.

Poemas de Álvaro de Campos

Tránsito de las horas (fragmento)

Sea lo que sea, mejor fuera no haber nacido,
porque, de tan interesante como es en todos los momentos,
la vida acaba por doler, por enfadar, por cortar, por rozar, por crujir,
por dar ganas de dar gritos, de dar saltos, de quedarse en el suelo, de salirse
de todas las casas, de todas las lógicas y de todos los miradores
e irse a ser un salvaje hasta la muerte entre árboles y olvidos,
entre caídas, y peligros y ausencias de mañanas,
y todo esto debería ser cualquier otra cosa más parecida a lo que pienso,
a lo que pienso o siento, que ya no sé qué es, oh vida.

Cruzo los brazos sobre la mesa, pongo la cabeza encima de los brazos,
es necesario querer llorar, pero no sé ir en busca de las lágrimas...
Por más que me esfuerce por sentir mucha pena de mí, no lloro.
Tengo el alma partida bajo el índice curvo que la toca...
¿Qué ha de ser de mí? ¿Qué ha de ser de mí?

Sin razón, corrieron a latigazos al bufón de palacio,
hicieron al mendigo levantarse del escalón en el que se había caído,
pegaron al niño abandonado y le quitaron el pan de las manos.
Oh amargura inmensa del mundo, lo que falta es hacer...
Tan decadente, tan decadente, tan decadente...
Sólo estoy bien cuando oigo música, y ni entonces.
Jardines del siglo XVIII antes del 89,
¿dónde estáis vosotros, que quiero llorar de todas maneras?

El rostro sereno y anónimo de un muerto

Así los antiguos marineros portugueses,
que temieron, siguiendo a pesar de todo, el mar grande del Fin,

vieron, al final, no monstruos ni grandes abismos,
sino playas maravillosas y estrellas por descubrir.

¿Qué es lo que las tapias del mundo esconden en los escaparates
[de Dios?

Lo que hay en mí es, sobre todo, cansancio...

Lo que hay en mí es, sobre todo, cansancio -
no de esto ni de aquello,
ni siquiera de todo o de nada:
cansancio en sí mismo, él mismo,
cansancio.

La sutileza de las sensaciones inútiles,
las pasiones violentas por ninguna cosa,
los amores intensos por lo supuesto en alguien,
esas cosas todas
-esas y lo que falta en ellas eternamente-;
todo eso me trae un cansancio,
este cansancio,
cansancio.

Hay, sin duda, quien ame lo infinito,
hay, sin duda, quien desee lo imposible,
hay, sin duda, quien no quiere nada -
tres clases de idealistas, y yo no pertenezco a ninguna:
porque yo amo infinitamente lo finito,
porque yo deseo imposiblemente lo posible,
porque yo lo quiero todo, o un poco más, si puede ser,
o hasta si no puede ser...

¿Y el resultado?

Para ellos la vida vivida o soñada,
para ellos el sueño soñado o vivido,
para ellos la media entre todo y nada, esto es, esto...

Para mi sólo un grande, un profundo,
y, ah con qué felicidad infecundo, cansancio,
un supremísimo cansancio,
ísimo, ísimo, ísimo,
cansancio...

Tabaquería (fragmento)

Hoy estoy vencido, como si supiera la verdad.
Hoy estoy lúcido, como si estuviese a punto de morir,
y no tuviera más hermandad con las cosas
que una despedida, convirtiéndose esta casa y este lado de la calle
en los vagones de un tren, y en una partida silbada
desde dentro de mi cabeza,
y en una sacudida de mis nervios y en un crujido de huesos al arrancar.
Hoy estoy perplejo, como quien pensó y halló y olvidó.
Hoy estoy dividido entre la lealtad que debo
a la Tabaquería del otro lado de la calle, como cosa real por fuera,
y a la sensación de que todo es sueño, como cosa real por dentro.

Poema en línea recta

Nunca conocí a nadie a quien le hubiesen dado una paliza.
Todos mis conocidos han sido campeones en todo.

Y yo, tantas veces miserable, tantas veces puerco, tantas veces vil,
yo, tantas veces irresponsablemente parásito,
indisculpablemente sucio,
yo, que tantas veces no he tenido paciencia para bañarme,
yo, que tantas veces he sido ridículo, absurdo,
que he tropezado públicamente en las alfombras de las solemnidades,
que he sido grotesco, mezquino, sumiso y arrogante,
que he sufrido injurias y callado,
que, cuando no he callado, he sido más ridículo todavía,
yo, que he resultado cómico hasta a las criadas de hotel,

yo, que he sido motivo de burla para los mozos del puerto,
yo, que he hecho trampas financieras, pedido prestado sin pagar,
yo, que cuando la hora de los puñetazos surgió, me he escondido
allí donde no podrían llegar;
yo, que he sufrido la angustia de las pequeñas cosas ridículas,
me doy cuenta de que no tengo semejante en todo esto en el mundo.

Toda la gente que conozco y que habla conmigo
nunca hizo nada ridículo, nunca sufrió injurias,
nunca fue sino el número uno -todos ellos el número uno- en la vida...

¡Ojalá pudiera oír una voz humana
que confesase no un pecado, sino una infamia;
que contase, no una violencia, sino una cobardía!
No, son todos perfectos, si los oigo y me hablan.
¿Quién hay en este ancho mundo que me confiese que una vez fue vil?
¡Oh campeones, hermanos míos,

largo, que estoy harto de semidioses!
¿Es que no hay gente vulgar en el mundo?

¿Es que soy yo el único vil y equivocado en esta tierra?

Podrán las mujeres no haberlos amado,
podrán haber sido traicionados -pero ridiculos ¡nunca!
Y yo, que he sido ridículo sin haber sido traicionado,
¿cómo puedo hablar con mis superiores sin titubear?
Yo, que he sido vil, literalmente vil,
vil en el sentido mezquino e infame de la vileza.

En la noche terrible,
sustancia natural de todas las noches...

En la noche terrible, sustancia natural de todas las noches,
en la noche de insomnio, sustancia natural de todas mis noches,
recuerdo, velando en somnolencia incómoda,

recuerdo lo que hice y lo que podía haber hecho en la vida.
Recuerdo, y una angustia
se esparce por todo mi ser como un frío corporal o un terror.
Lo irreparable de mi pasado -¡ése es el cadáver!
Todos los otros cadáveres acaso sean ilusión.
Todos los muertos puede que estén vivos en otra parte.

Mi propio pasado tal vez exista en algún sitio,
en la ilusión del espacio y del tiempo,
en la falsedad del transcurrir.
Pero lo que yo no fui, lo que no hice, lo que ni siquiera soñé;
lo que sólo ahora veo que debería haber hecho;
lo que sólo ahora claramente veo que debería haber sido,
eso es lo que está muerto para más allá de todos los Dioses,
eso -y a fin de cuentas, fue lo mejor de mí- es lo que ni los Dioses
[pueden hacer vivir...

Si a cierta altura
me hubiese vuelto para la izquierda en vez de para la derecha;
si en cierto momento
hubiese dicho sí en vez de no, o no en vez de sí;
si en cierta conversación
se me hubieran ocurrido las frases que sólo ahora, en la duermevela,
[elaboro-
si todo eso hubiera sido así,
sería otro hoy, y acaso el universo entero
insensiblemente se habría convertido en otro también.

Pero no torcí para el lado irreparablemente perdido,
no lo hice, ni pensé hacerlo, y sólo ahora me doy cuenta;
pero no dije no o no dije sí, y sólo ahora veo lo que no dije;
pero las frases que hizo falta decir en ese momento se me
[ocurren todas,
claras, inevitables, naturales,
cuando la conversación ya ha sido cerrada terminantemente,
todo el asunto ya resuelto...
Pero sólo ahora lo que nunca fue, ni será en el pasado, me duele.

Para lo que fallé de veras no hay ninguna esperanza
en ningún sistema metafísico.
Acaso a otro mundo pueda llevar lo que soñé,
pero ¿podré llevar lo que me olvidé de soñar?
Esos sí, los sueños que no tuve, son cadáveres definitivos.
Los entierro en mi corazón para siempre, para todo tiempo, para todos
[los universos,
en esta noche en que no duermo y el sosiego me cerca
como una verdad de la que no participo,
y allá fuera, el claro de luna, con la esperanza que no tengo,
[es invisible para mí.

Al volante del Chevrolet por la carretera de Sintra...

Al volante del Chevrolet por la carretera de Sintra,
a la luz de la luna y al sueño en la carretera desierta,
conduzco solitario, conduzco casi despacio, y un poco
me parece, o me esfuerzo un poco para que me parezca,
que sigo por otra carretera, por otro sueño, por otro mundo,
que sigo sin que haya Lisboa abandonada o Sintra a la que llegar,
que sigo, ¿y qué más puede haber en seguir sino no parar y seguir?

Voy a pasar la noche en Sintra por no poder pasarla en Lisboa,
pero, cuando llegue a Sintra, sentiré pena por no haberme quedado
[en Lisboa.
Siempre esta inquietud sin propósito, sin nexo, sin consecuencia,
siempre, siempre, siempre,
esta angustia desmedida del espíritu por ninguna cosa,
en la carretera de Sintra o en la carretera del sueño o en la carretera
[de la vida...

Maleable a mis movimientos subconscientes del volante,
salta debajo de mí y conmigo el automóvil que me prestaron.
Sonrio del símbolo, al pensar en él, y al girar a la derecha.
¡En cuántas cosas prestadas yo camino por el mundo!

¡Cuántas cosas que me prestaron yo conduzco como mías!
¡Yo mismo soy, ay de mí, cuanto me prestaron!
A la izquierda la casucha -sí, la casucha- al borde del camino.
A la derecha el campo abierto, con la luna a lo lejos.
El automóvil que hace poco parecía darme libertad
es ahora una cosa donde estoy encerrado,
algo que sólo puedo conducir si me tiene encerrado,
que sólo domino si me incluyo en él, si él me incluye a mí.

Atrás, a la izquierda, la casucha modesta, menos que modesta.
La vida en ella debe ser feliz, sólo por no ser la mía.
Si alguien me vio desde la ventana, soñará: Aquél sí que es feliz.
Tal vez para el niño que mira tras los cristales del piso de arriba
he sido (con el automóvil prestado) como un sueño, un hada real.
Tal vez para la muchacha que, al oír el motor, miró por la ventana
[de la cocina
en el piso de abajo,
soy algo de ese príncipe que hay en todo corazón de muchacha,
y ella quizá me habrá mirado a hurtadillas, tras los vidrios,
[hasta la curva en que me perdi.
¿Dejaré sueños tras de mí o es el auto el que los deja?

¿Yo, conductor de un automóvil prestado, o el automóvil prestado
[que conduzco?

En la carretera de Sintra, al claro de luna, en la tristeza,
[ante los campos y la noche,
mientras conduzco el Chevrolet prestado desconsoladamente,
me pierdo en la carretera futura, me sumo en la distancia que alcanzo,
y en un deseo terrible, súbito, violento, inconcebible,
accelero...
Pero mi corazón quedó en el montón de piedras, del que me desvié
[al verlo sin verlo,
en la puerta de la casucha,
mi corazón vacío,
mi corazón insatisfecho,
mi corazón más humano que yo, más exacto que la vida.

En la carretera de Sintra, cerca de medianoche, al claro de luna,
[al volante,
en la carretera de Sintra, qué cansancio de mi propia imaginación,
en la carretera de Sintra, cada vez más cerca de Sintra,
en la carretera de Sintra, cada vez menos cerca de mi...

Bernardo Soares: Libro del desasosiego

* No es el amor, sino sus alrededores, lo que vale la pena...

La represión del amor ilumina sus características con mucha mayor claridad que la misma experiencia. Hay virginidades de gran sabiduría. Actuar compensa, pero confunde. Poseer es ser poseído y, por lo tanto, perderse. Sólo la idea alcanza, sin corromperse, el conocimiento de la realidad.

* La más vil de todas las necesidades es la de la confidencia, la de la confesión. Es la necesidad del alma de ser exterior.

Confiesa, sí; pero confiesa lo que no sientes. Libra tu alma, sí, del peso de los secretos, manifestándolos; pero procura que el secreto que digas nunca lo hayas dicho. Miéntete a ti mismo antes de decir esa verdad. Expresarse y equivocarse son la misma cosa. Sé consciente: expresar sea, para ti, mentir.

* El arte nos libra ilusoriamente de la sordidez de existir. Mientras sentimos los males y las injurias de Hamlet, príncipe de Dinamarca, no sentimos los nuestros -viles porque son nuestros y viles porque son viles.

El amor, el sueño, las drogas, son formas elementales del arte, o, mejor, de producir su mismo efecto. Pero amor, sueño y drogas tienen su correspondiente desilusión. El amor harta o desilusiona. Del sueño se despierta y, mientras se duerme, no se vive. Las drogas se pagan con la ruina de aquel mismo físico que sirvieron para estimular. Pero en el arte no hay desilusión porque la ilusión fue admitida desde el principio. Del arte no hay despertar, porque en él no dormimos, aunque soñemos. En el arte no hay tributo o multa que paguemos por haber gozado.

* De tal manera me he convertido en la ficción de mí mismo que cualquier sentimiento natural que tenga se me transforma, desde su naci-

miento, en un sentimiento de la imaginación -la memoria en sueño, el sueño en olvidarme de él, el conocerme en no pensar en mí.

*** No hay felicidad sin conocimiento. Pero el conocimiento de la felicidad es infeliz; porque conocerse feliz es conocerse pasando a través de la felicidad, teniendo que dejarla atrás de inmediato. Saber es matar, sea en la felicidad o en otra cosa. No saber, sin embargo, es no existir.**

Fernando Pessoa
Las aristas de la lucidez

Esta edición consta de 550 ejemplares.

Cabildo Insular de Gran Canaria
Servicio de Cultura

Sociedad Democracia - Arrecife

Biblioteca Municipal de Arucas

Concejalía de Cultura de
San Bartolomé de Tirajana

Biblioteca Municipal de Santa Lucía